

CLETO LAVILLA  
Y EL GREMIO INTERNACIONAL DE CUENTISTAS

---

# El búcaro azul

---

Dibujos de  
MIGUEL ÁNGEL ÚBEDA  
coloreados a mano por

---

CUENTOS DE **PICOGORDO**

## VOCABULARIO

**acrecentar.** Aumentar, mejorar.

**aderezo.** Adorno que se utiliza para embellecer un vestido, un rostro o un objeto.

**alamánico.** Dialecto del alemán hablado en parte de Suiza y suroeste de Alemania.

**almibarado.** De sabor muy dulce.

**ambarino.** Del color del ámbar (resina fosilizada).

**ambiguo.** Aquello que puede entenderse de varios modos o que admite distintas interpretaciones.

**apicultor.** Persona que se dedica a la cría de abejas.

**azorar.** Sobresaltar, asustar.

**balaustre.** Pequeña columna que forma, junto con otras, las barandillas de las escaleras.

**bermejo.** De color rojizo.

**Bohemia.** Una de las tres regiones que componen la República Checa. Las otras son Moravia y Silesia. Su capital es Praga.

**bramido.** Ruido fuerte y exagerado.

**búcaro.** Pequeña jarra de origen portugués, especialmente usada para servir agua o perfume.

**compilar.** Reunir.

**desaliño.** Falta de cuidado y atención en el aspecto.

**discordancia.** Aquello que hace que algo no esté conforme con otra cosa.

**displicente.** Que muestra desdén, desprecio o mal humor.

**equitativo.** Aquello que produce igualdad o equilibrio.

**escabroso.** Terreno muy desigual, lleno de dificultades.

**escarcela.** Pequeña bolsa que pendía de la cintura.

**escarlata.** Color rojo, un poco oscuro.

**esfinge.** Monstruo fantástico representado con cabeza humana y cuerpo y pies de león.

**especular.** Producido por espejos.

**estuco.** Masa de yeso o mármol y agua de cola, que sirve para modelar objetos y adornos decorativos.

**frisón.** Natural de Frisia, provincia de los Países Bajos.

**groschen.** Antigua moneda usada en varios países del centro y norte de Europa.

**herrumbre.** Capa o polvo formado por hierro oxidado.

**incólume.** Sano, sin lesión ni enfermedad.

**infundio.** Mentira o noticia falsa, generalmente con mala intención.

**iris.** Parte circular y coloreada del ojo.

**legua.** Antigua medida, variable según los países o regiones, que mide el camino recorrido por una persona a pie en una hora (unos cinco kilómetros).

**mutación.** Cambio de estado o lugar.

**nácar.** Capa de materia que forma la concha de los moluscos.

**negligencia.** Falta de cuidado.

**obsidiana.** Roca o vidrio de color negro o verde muy oscuro.

**parangón.** Comparación.

**pardillo.** Paño tosco y grueso de color pardo para usos cotidianos y humildes.

**pertinaz.** Muy tenaz, obstinado, terco.

**presunción.** Excesiva admiración que una persona tiene de sí misma.

**sirope.** Líquido azucarado y espeso que se emplea en la elaboración de jarabes y refrescos.

**tala.** Corte de uno o muchos árboles.

**tálero.** Antigua moneda de plata alemana.

**tipógrafo.** Persona que crea y estudia las letras de imprimir.

**tocón.** Parte del tronco de árbol que queda plantado en la tierra cuando se corta junto a la raíz.

**vahído.** Desvanecimiento breve de los sentidos causado por alguna indisposición o malestar.

## EL BÚCARO AZUL

**E**n la región de Bohemia, durante el verano de mil setecientos veintisiete. El apicultor Jakub Svěžen vive en la aldea de Svor, en las Montañas de Lusacia, llamadas *Lužické hory* por los checos. Quienes conozcan la región se sentirán obligados a recordar los interminables bosques de haya, cuya madera permitió durante siglos alimentar los hornos donde se obtenía el célebre vidrio bohemio. Nadie en el Gremio Internacional de Cuentistas pone en duda que este lugar acogiera al apicultor Svěžen, si bien el insigne Eric Athiel adelanta la fecha cuatro décadas y la *großmutter* Von Branberg, que compiló hasta tres exquisitas versiones en dialectos alamánicos, sitúa el relato un siglo antes de la fecha utilizada aquí. Excesiva cualquiera de esas anticipaciones, me parece. Al menos los tres coincidimos en describir a nuestro personaje mediante idénticas palabras: esforzado y bondadoso.

Dentro y fuera de la aldea al apicultor Jakub se le aprecia por su deliciosa miel, densa y ambarina, de dulzor aromático y resistente, obtenida a partir de las especies que florecen en los prados de Svor: martagón, áster, primula, valeriana y la fragante violeta bulbosa. No solo miel recoge el apicultor, se le conoce también por cocer jarabes medicinales y confitar bayas y frutos del bosque, a los que luego añade un recubrimiento almibarado de brillo permanente. De Jakub sabemos que comparte la casa con sus tres hijas. Como se verá más adelante es inevitable saber de ellas.

Las hijas de Jakub Svěžen son tres mujeres de mediana belleza, bondadosas pese a que ninguna menospreciará una buena disputa habiendo razón por medio, amorosas entre sí

aunque de olvidadizo respeto, necesitadas del apicultor, muy querido por las tres. Conoced el nombre de las hijas de Jakub y los atributos que las destacan: Tereza, de dieciséis años de edad y la mayor de todas, igual de alta que su padre, una mujer rectilínea como la vara de los sastres del sur de Bohemia, de voz sinuosa pese a la honda garganta en el esbelto cuello, amable y hábil; Jana, de catorce años, ama cocinar, se dota de un carácter tibio al que no consiguen encender los brotes de su incipiente presunción, pues al contrario que a la rectilínea Tereza la naturaleza comienza a fortalecerle los muslos, le estrecha la cintura y le esculpe la estación de primavera en el pecho; por último la pequeña Veleslava, de doce años, a la que en casa del apicultor todos llaman Velinka, cuyo rostro se compuso con escasa gracia, lo que compensa con una sonrisa veloz, unos ojos deprimidos pero inteligentes, unas pecas caídas con gracioso desconcierto a ambos lados de la nariz. De las tres hermanas, Velinka gana a las demás en decisión, poco importa que su talle y su rostro prolonguen la apariencia infantil y que ella, sin que sus hermanas hallen explicación, consienta que las mariposas la persigan allá donde vaya. Quizá Velinka sea en exceso decidida, cualidad a la que contradice su incontrolable tendencia a ruborizarse, a subir hasta las mejillas una encendida coloración de la piel, alteración que haría creer en ella un carácter infantil si el crespo cabello bermejo, cortado con negligencia masculina, no la dotara de un desaliño idóneo para cobijar impulsos inesperados de intrepidez y arrojo. Que Jakub Svěžen enviudara al poco de nacer Velinka será un doloroso accidente cuya importancia mediremos solo por acrecentar el afecto entre padre e hijas. Nadie en Svor, ni en poblados cercanos hasta



*... un desaliño idóneo para cobijar impulsos inesperados de intrepidez y arrojo.*

la pequeña ciudad de Nový Bor, arriesgará un solo tálero alemán en apostar cuál entre las tres hijas de Jakub le profesa un cariño más grande. El amor de Tereza, Jana y Velinka hacia el apicultor goza de una equitativa proporción. Diez años después de que Jakub enviudara, la historia comienza.

Del Gremio Internacional de Cuentistas, el siempre malhumorado señor Annibale Montecchiari, reacio a ofrecer al lector poblaciones y fechas, niega que el mercado de Liberec, ciudad

llamada Reichenberg por los vecinos alemanes, acogiera artesanos de la lejana aldea de Svor, a media jornada de caballo. Fuentes locales documentadas en el Severočeské Muzeum de la ciudad lo contradicen. Como todos los años al finalizar el verano, Jakub Svěžen se dispone para acudir a la ciudad de Liberec, en cuyo mercado presentaba mieles y confituras de frutas elaboradas desde la primavera. El día anterior a la partida Jakub prometió traer un regalo para cada una de sus hijas.

«Os comportaréis como mujeres de buen acuerdo y os lo compensaré con un obsequio; ¿qué desea cada una de mis tres hijas?», les preguntó la noche anterior. Tereza solicita un paño de seda escarlata. Jana quiere un peine de nácar. Velinka lo pensó durante toda la noche. De madrugada, mientras Jakub ordena los últimos tarros y frascos, la pequeña confiesa no saber qué obsequio dedicarse. A falta de una decisión firme ruega a su padre que no la olvide mientras permanezca fuera de casa; y, ocultando que la despedida le araña el corazón, suma a su ruego que regrese cuanto antes. Con un argumento de última hora Velinka despidió a Jakub al pie del camino: «Con el peine de Jana me alisaré el cabello y los retales del vestido de Tereza servirán para cortarme, al menos, dos pañuelos de tres picos».

El viaje hasta la ciudad de Liberec, al paso de la caballería y su carruaje, duraba media jornada. La *großmutter* Von Branberg propone que Jakub viajó sobre un caballo de raza alemana, un *holstein* de grupa poderosa y enorme cabeza. Esta información peca de apego patriótico. En realidad el apicultor conduce un carro de un solo eje tirado por una recia yegua frisona, dócil y dispuesta al tiro, por cuyas onduladas crines de color claro Tereza llamó *Blondýnka*, palabra checa que significa «rubia». Las vicisitudes de Jakub en el mercado de Liberec interesan poco; basta mencionar el justo premio a su buen oficio, que facilitó vender una satisfactoria parte de la mercancía. Antes de abandonar el mercado Jakub buscó el obsequio para sus hijas. Halló, por tres *groschen*, un paño de seda italiana en tono escarlata; y por uno y medio adquirió el peine que solicitaba Jana, si bien no lo encontró de nácar sino de filigrana en madera tallada. Durante largo rato anduvo tras un obsequio que contentara a la pequeña Velinka. No del todo convencido con ninguno, sobremanera insatisfecho y con un punto de desazón, Jakub abandona el mercado y emprende el camino de regreso a Svor.

A tres leguas de Liberec la noche lo sorprende. Al día siguiente atravesó los poblados de Jítrava y Rynoltice, sin despegarse del arroyo *Panenský potok*; y, cuando en el camino aparecieron los tejados de Jablonné, oscuras nubes de tormenta se extendieron. El apicultor idea un nuevo trayecto: «Me desviaré por el norte y tomaré el camino hacia la aldea de Kněžice, entre los bosques; me retrasará unas horas pero evitaré la tormenta». Después de recorrer varias leguas Jakub cree haberse perdido. Lo sorprende el escabroso trazado del camino, se ve obligado a intuir la dirección correcta en cruces solitarios, encuentra arroyos nunca antes vistos, en todo momento envuelto por apretadas extensiones de hayas. En este punto me sumo a la versión de la *großmutter* Von Branberg y os cuento que la fábrica de

vidrio apareció en un claro del bosque debido a la tala de árboles. Jakub ve los tocones de antiguos ejemplares junto al tapial de madera y ladrillo. El camino y la vista quedan de este lado. Muy pronto aparece la alta puerta enrejada de doble hoja, partida por un recio pilar de piedra y rectas esquinas. La figura del ángel que lo corona podría haber llamado la atención de Jakub; pero el apicultor siente antes la atracción del espeso rosal que se adueña de la forja en ambos portones. A Jakub turba el intenso brillo de las hojas. Abandona el carro, se aproxima a la entrada y solo entonces descubre el ángel de piedra, que sopla una fina y larga caña en cuyo extremo opuesto nace una esfera cristalina. Jakub comprende dónde ha llegado. El ángel apoya el pie sobre una faja metálica donde se inscribe la siguiente leyenda: *Casa de vidrios*. Algunos autores del Gremio me aconsejan relataros que en la antedicha faja se escribía el nombre del maestro vidriero, de tal suerte que Jakub habría leído *Casa de Jelinek* y no *Casa de vidrios*. Os confesaré mi predilección por la última fórmula, pese al consejo de mis colegas. En este caso Jakub sabe que se encuentra a la entrada de una propiedad dedicada a la elaboración del afamado vidrio de Bohemia; y sin mostrar interés ninguno por la fábrica el apicultor baja la vista hacia el rosal. Desde el carro había descubierto la espléndida rosa. Única en todo el rosal, de enormes pétalos blancos. Jakub siente atracción por aquellos pétalos, aterciopelados en el común de las mejores rosas, pues estos brillan como si las recubriera una capa de agua, reflejan la escasa luz bajo tres enormes arcos campestres plantados junto a la puerta para que su ramaje caiga sobre la entrada, siguiendo la costumbre de muchas regiones donde se piensa que la hoja de arce ahuyenta a los murciélagos.

La blanca rosa, os decía, brillaba. Jakub recuerda a la pequeña Velinka; recuerda a la vez que vuelve a casa sin regalo para su hija. Lo tienta el deseo de que Velinka posea la brillante flor como él la disfruta en este momento. Tiende la mano al delicado tallo cuando una voz lo frena: «Me imagino cuánto deseáis la rosa». Si vosotros se lo hubierais preguntado Jakub Svěžen no habría sabido responder desde cuándo estaba allí el viejo vidriero. Un sombrero de ala ancha y casquete redondo le cubre la cabeza; viste una túnica grisácea abierta por los costados y sin mangas que alcanza hasta las rodillas, ceñida en la cintura por un cordoncillo; bajo la túnica asoma una camisola blanca, ligera y despegada. Jakub piensa que el viejo gasta la vestimenta de antiguos vidrieros bohemios, desaparecida un siglo antes. Al otro lado del portón los ojos del viejo se entornan como si aún debiese protegerlos del fuego que funde el vidrio. El apicultor contesta sin dejar de mirarlo: «Es bella como ninguna otra flor;





*Única en todo el rosal, de enormes pétalos blancos.*

nunca vi una rosa de pétalos brillantes». «Lleváosla», le ofrece el maestro vidriero. La voz de Jelinek, así se llama, suena como si hablara con la boca cerrada. Jakub apreció el ofrecimiento pero duda de tan espléndida proposición: «¿Y cómo habría de compensaros, qué me pediríais a cambio?». «Esa gota de sangre», le dice el vidriero. Jakub siente el pinchazo justo cuando el viejo Jelinek comenzaba a sonreír. La sorpresa por la respuesta o el propio extravío de la atención o un temblor inoportuno

acercó la mano de Jakub a la espina. Del dedo corazón mana una gota de sangre. El viejo vidriero ha extendido el brazo y acerca a Jakub un laborioso búcaro de vidrio azulado. «Mi rosa a cambio de vuestra gota de sangre», le resume cruzando la mirada con el apicultor. En principio Jakub calibra que no se le pide un precio excesivo. «Una sola gota», piensa, «a cambio de tan singular rosa». Y acepta sin palabras, con el solo gesto de aproximar su dedo y dejar que la gota de sangre caiga en el

fondo del búcaro. Jelinek levanta la pieza de vidrio azul y la observa al trasluz: «Dejé de fabricarlos hace años; mis ojos perdieron precisión, el pulso me tiembla, a mis pulmones les falta el aire; las sales de cobalto le confieren esta maravillosa coloración azul; fue mi última pieza». Y dando la espalda a Jakub se despide: «La rosa es vuestra». El apicultor queda solo, inmóvil durante un instante. Trata de evitar que dentro de su cabeza nazca la duda o, peor aún, el arrepentimiento. Al fin extrae del chaleco una cuchilla, corta el tallo y recoge la rosa blanca con las dos manos. Los pétalos se abrieron, los bordes se endurecieron y ganaron poco a poco un redoblado brillo. Jakub extraña que la rosa no despidiera olor; defraudado por esa carencia llama al viejo vidriero. Nadie responde. Bajo la enramada de los arcos vibran diminutos insectos. La sombra cubre la escena. El silencio cubre la sombra. Jakub Svěžen envuelve la rosa en un retal de paño pardillo y emprende el camino hacia Svor.

El malhumorado Montecchiari, cuya negativa a ofrecer precisión en sus relatos ya mencioné, simplifica en media jornada el tiempo que Jakub tardó en volver a casa. La *großmutter* Von Branberg no menciona tiempo o distancia algunos y anuncia la llegada del apicultor en el párrafo siguiente al encuentro con el viejo vidriero. Eric Athiel, insigne cuentista y tipógrafo del Gremio, calcula una etapa de tres leguas. Comparto ese cálculo, que pondría a Jakub en su aldea traspasado el mediodía. Otro miembro del Gremio, el poeta portugués Dimas Fogo os indica lo oportuno de que su llegada coincidiera, precisamente, con el mediodía bohemio. Démoslo por válido. Al llegar a la casa Jakub llama a sus tres hijas. La extensión de este cuento no me permite describir el recibimiento. Imaginad los besos interminables y ruidosos, la mano de Jakub en la cabeza de las tres hijas, el abrazo duradero previo al festejo que levanta la aparición de los regalos. Velinka es la más sorprendida. Envuelta en el humilde paño la brillante rosa blanca adquiere la condición de joya. Cuando la envidia huye cabe que nazca la admiración sincera. Esa huida ocurre en el corazón de las tres hermanas. Tereza y Jana alaban el regalo inesperado. Velinka corre a colocarla en un pequeño jarrón que adorna la repisa de la chimenea.

La misma noche de la llegada el apicultor Svěžen siente intenso malestar. Es verdad que, en los primeros días, brazos y piernas se atiesaron hasta la punta de los dedos, provocando incomodidad aunque sin excesivo dolor; pero llamarlo un mero entumecimiento de los miembros escondería la profunda amenaza del trastorno que iba a sufrir. Muy pronto del pecho emergió una tos escandalosa que duró semanas. El jarabe de

arce que el mismo apicultor preparaba no le proporcionó más que un ligero alivio, sin llegar a sanarlo. A continuación los sentidos de Jakub se volvieron torpes, lentos, ajenos a la voluntad que los ordenaba. Dos meses después se mantuvo en cama para no enfrentarse a un vahído creciente y pertinaz. En una primera opinión el médico ordenó que guardara reposo y siguiera una dieta con polvo de hierro, mineral cuya escasez lo debilitaba. Con desprecio del remedio la enfermedad empeoró. Entre tanto la rosa de Velinka mantenía, después del tiempo transcurrido, la frescura del primer día. Velinka la observaba, incapaz de comprender qué fuerza natural alimentaba el brillo de sus pétalos blancos. A punto de concluir aquel año de mil setecientos veintisiete Jakub apenas podía mantenerse en pie, acosado por la calentura, el cansancio y la debilidad.

Tereza vendió el vestido confeccionado con el paño de seda para que el médico acudiera de nuevo a visitarlo. «El paciente sufre una vejez prematura; lamento desconocer la receta que pueda devolverle el vigor y la salud», dictaminó el doctor. Viendo la desolación de sus hijas Jakub Svěžen las reúne junto a la cama. Casi sin aliento en las palabras cuenta el origen de la rosa de Velinka: la tapia de madera y ladrillo, el rosal en la puerta de forja, la aparición del viejo vidriero, el ofrecimiento de la rosa justo cuando la espina lo hiere, la gota de sangre en el búcaro azul. «Desde entonces padezco esta enfermedad», sentencia Jakub. Todos coinciden entonces en destacar la inexplicable salud que muestra la rosa, inmune a la marchitez natural a la que el tiempo habría debido condenarla. El apicultor insta a que una de ellas devuelva la rosa cuanto antes. Las tres hermanas comparten una mirada que circula en torno a la cama de Jakub. Sin excesiva deliberación cierran el siguiente acuerdo: la mayor de las tres, Tereza, quedará para trabajar en las colmenas; Jana tomará a su cargo la salud del padre; y Velinka, según las indicaciones del apicultor, partirá a lomos de la yegua *Blondýnka* llevando la rosa en una escarcela de cuero.

No tardó Velinka en encontrar la tapia anunciada, los tres desmesurados arces campestres, el rosal que cubre los barrotes de los portones, el pilar coronado por la quietud del ángel. Si le quedaba duda advierte en la faja anunciadora la leyenda que Jakub Svěžen predijo: *Casa de vidrios*. La entrada repite la descripción del apicultor salvo en una notable discordancia: el rosal florece con vigor y copiosidad, abundan las rosas blancas de pétalos enormes, exactas a la que Velinka porta consigo. Un hartazgo de pétalos recibe al visitante, se adueña de cuantas briznas luminosas atraviesan los arcos, encienden brillantes aderezos entre la herrumbre de los barrotes. Que



*... partirá a lomos de la yegua Blondýnka llevando la rosa en una escarcela de cuero.*

la verja ceda a su empuje ni extraña ni detiene a Velinka, en cuyo corazón se escucha el caudal de sus rápidos y confusos presentimientos. A todos los aparta el primer paso. Sigue un sendero de grava flanqueado por figuras sobre pedestales de piedra. Las figuras podrían ocultar cualquier amenaza pero es inmediato advertir que fueron dotadas de una naturaleza transparente. Animales mágicos, niños desnudos, amantes de vidrio demasiado perfecto para evitar la comparación con los

sueños. Velinka se guarda de tocar las figuras aunque se reconoce tentada por la caprichosa deformación de la luz, cuyos ángulos se desvirtúan en esquivas ondulaciones al atravesar una jarra gigante, el caparazón de una tortuga o el mínimo espacio entre dos mejillas a punto de rozarse. El sendero concluye en el porche de una edificación circundada por un cordón de tilos y fresnos. Las ventanas que el ramaje no oculta se agrupan de dos en dos, y entre grupos se distribuyen geo-



metrías de estuco, la mayoría deteriorada por la intemperie. Casa o fábrica o ambas, la edificación espera tras la escalinata de acceso, partida por una baranda central con balaustres y pasamanos de vidrio, esta vez rosáceo. Luego de ascender la escalinata Velinka se detiene en el último peldaño. Duda ahí arriba, como si echara en falta su carácter temerario. Pero no creáis que recela del paso que ha de afrontar. La hija del apicultor vuelve a padecer asombro y necesita salir de él, trata de comprender el sentido de la sorprendente figura de vidrio rosáceo que, a modo de último balaustre y ya bajo el porche, remata la escalinata.

Os anticipo la importancia de esta figura, que más tarde servirá al curso del relato. En sus versiones alámbricas la *großmutter* Von Branberg describe un cordero empavorecido y, arrollada al cuello, una serpiente que, condenándolo a morir, clava en aquella vulnerable parte su letal mordedura. El poeta y cuentista Dimas Fogo niega que ese símbolo de dolor y muerte sea creíble en el lugar al que Velinka accedía, justo como pieza de recibimiento. Me sumo a esta opinión y prefiero aportar la sugerencia de otra reconocida integrante del Gremio Internacional de Cuentistas, la cantante coja Larisa Vólkova, que concibe una artificiosa cascada de copas de vidrio, unas sobre otras de mayor a menor, todas de diferente forma y tallado, conjunto que sugeriría el torso, la cabellera y el rostro de una esfinge de vidrio rosáceo. La presencia de la esfinge detendría al visitante anticipándole un alarde de la factura y el oficio vidriero que luego hallaría dentro. Velinka padeció ese retraso. Tras el tiempo oportuno, por fin llama una primera vez. Nadie abre. Llama una segunda vez y espera; golpea de nuevo el llamador pues es mujer que aún convicción y esperanza, hasta que suenan tras la puerta los vástagos de la cerradura.

La elevada estatura, el porte arrogante y sofisticado, el impecable atuendo a la moda de Praga, severo y sin alardes, de un frío azul salvo la chorrera de color vainilla desbordada sobre el pecho, sin otro metal que el hebillaje de los zapatos negros, el cabello igualmente oscuro y recogido en media coleta gracias a una exquisita cinta de satén del mismo tono vainilla, el semblante alumbrado por un claror inexplicable bajo la sombra del porche; y el silencio, la prolongada distancia de silencio que interpuso quien abrió la puerta obliga a que Velinka retroceda un paso. Es instantáneo el arrepentimiento por si en ese retroceso se hubiera desvelado su momentánea vacilación. De inmediato procura restaurar el ánimo pero fracasa, no deja de azorarla el rostro del apuesto joven que la observa. Se cargó de valor antes de preguntar mediante la siguiente afirmación: «Busco al

maestro vidriero». «¿Para qué lo necesitas?», le contesta el de atuendo azul sin disminuir la distancia. Velinka, aunque el otro ganó en ella condición de adulto, toma la pregunta como prueba de indiscreción, hasta la califica de irrespetuosa; se lo habría hecho saber fuera quien fuera ese personaje si no apreciase en su palidez excesiva un rasgo de atractiva amargura, por lo que se aconseja responder con calma: «Deseo devolverle su rosa». Velinka lleva hacia delante la escarcela de cuero y extrae la incólume rosa blanca. El joven mira la flor con un aprecio nostálgico pero falto de latido, desprovisto de pasión, como alguien que manipula con frialdad los impulsos, a los que dirige allí donde su voluntad lo desea, ora los empuja hacia la urgencia, ora los recluye en el olvido. Pese al dominio que orienta tan displicente mirada, al joven le cuesta rechazar la visión de la rosa. Tanto la observa que al fin se hace firme la porción de realidad que representa. La actitud de antes deviene pronto en una moderada cortesía. El elegante joven se echa hacia atrás y ruega a Velinka que la siga.

«El maestro Jelinek falleció hace casi cien años; me temo que no podrás devolver la rosa», explica el apuesto joven; y sin esperar que Velinka responda, prosigue: «Adquirí la vieja fábrica de vidrio unas semanas atrás; la vida en la ciudad me abrumaba, tan excesiva, y decidí buscar un retiro en el bosque; quizá el estado de la casa te extrañe, no he hallado ocasión para renovar el antiguo mobiliario; por favor, ven conmigo». Velinka obedece con tan dócil acatamiento, que no se reconoce. Ha de calmarse escudándose en los principios de una educación incapaz de desairar a los desconocidos, en el deseo de no causar desagrado o, menos aún, negarse a quien solicita gentilmente un favor; pero en el fondo de su corazón gana excusas el inesperado acopio de emociones que le motiva la compañía del joven.

Ni en sueños el salón que conoció Velinka habría encontrado parangón. Un brillo especular desconcierta el paso, lo ubica con precisión y a la vez lo deforma en geometrías de ángulos ilógicos, hasta que gana veracidad el recubrimiento de las paredes y el techo, formados por un continuo de celdillas irregulares de vidrio que desdobra el espacio o lo desvanece según incida la iluminación exterior. Velinka siente en la boca un sabor dulce y se pregunta por qué y de dónde emerge ese placer inoportuno, si acaso bastó que incidiera en sus ojos la luz que penetra al salón y diluye en tonalidades dóciles la confusa escena, el inverosímil abrazo que, tardará años en olvidarlo la hija del apicultor, comparten la doncella y el cisne representados en el majestuoso ventanal. «Conforme al criterio del maestro vidriero, añadir un elemento mineral o vegetal cambiaría la coloración del vidrio»,